

No se sabe.

Regularmente lo bautizará así el señor Catalina, porque comprendió que, si Dios no alumbraba algo, el lector de su leyenda se quedaba á oscuras completamente.

Pues ¡si vieran ustedes *La maldición!*... ¡Y *La amistad*, que está dedicada á Salustiano, al Salustiano de antes!

Pero no quiero hacerles á ustedes ver más, porque temo que estén ya... encatalinados.

Conque memorias de *Salustianito*, y hasta Balaguer, si Dios quiere.

## XIX.

¿Quién es Balaguer?

Allá por el mes de Octubre de 1868, en los primeros días que siguieron al triunfo de la revolución de Setiembre, varios personajes muy liberales y muy revolucionarios, que habían visto los toros desde la barrera, entraron en España por Barcelona.

El primero creo que fué Prim, y después siguieron su ejemplo algunos otros.

Y andaba por allí un hombrecillo de pelo largo y de facha vulgar, que dió en la gracia de, en cuanto llegaba un personaje de aquellos, cogerle del brazo, meterle por la puerta de la casa consistorial, subirle al balcón y presentarle desde allí á las turbas, que en aquellos días de criminal jolgorio llenaban la plaza de D. Jaime.

Era una especie de introductor de embajadores del pueblo soberano.

Al efecto se había aprendido de memoria un discurso, cuya parte principal decía así, palabras más ó menos:

«¡Sombras de los Moncadas y Berengue-



res, sombras de los condes de Urgel y de Barcelona, sombras de estos y de los otros y de los de más allá... levantaos! Venid á ver á vuestros nietos reconquistando su libertad perdida... ¡Levantaos! Venid á contemplar á vuestros descendientes gozando de los derechos de los pueblos libres...»

Esto era hoy. Mañana venía otro personaje, y volvía el introductor á subirle al balcón de la plaza de D. Jaime y á repetir punto por punto la misma soflama, llamando y haciendo levantarse á las sombras de los Moncadas, de los Berengueres, de los condes de Urgel, etcétera...

Se había repetido ya muchas veces la función, cuando una tarde asistió casualmente á ella un artesano pacífico que, como asistía por primera vez, no conocía al hombrecillo del pelo largo.

Oyóle comenzar su discurso, y sin llegar al pasaje principal, ó sea al levantamiento de las sombras, ya le llamaron la atención sus voces y sus ademanes, por lo cual preguntó á un conocido suyo que vió allí cerca:

—¿Qui es aqueix que predica?

—¡Tonto!—le contestó el otro.—¿No l'coneixes? Es aquell que fa resusitar als morts...

Pues bien, aquel que hacía resucitar á los muertos, era D. Víctor Balaguer, desconocido hasta entonces en la política, y apenas conocido en Barcelona más que por unas revistas

cursis de salones que solía escribir para el *Diario*.

Tres años más tarde fué ya ministro de casualidad.

Digo, de D. Amadeo de Saboya.

Después lo ha sido también de D. Alfonso.

Y ahora ocupa una de esas presidencias pingües donde suelen descansar de su inutilidad y de su torpeza los exministros que han demostrado con bastante claridad no servir para nada.

La presidencia del Consejo de Filipinas.

También ocupó ya la del Consejo de Estado.

Y también dicen que ocupa otra presidencia. La de la junta encargada de levantarle á él mismo una estatua en su pueblo.

Además—y esto no podía faltar—desde el último domingo de Febrero de 1883, es académico de la Española.

Y todavía reniega de España y maldice á Castilla en unos versos en catalán muy malos, repitiendo cuatro veces este estribillo:

«¡Ay, Castella castellana,  
No t'hagués conegut may!»

Es decir que ¡ojalá no la hubiera conocido nunca!...

¿Qué más querría este infeliz que le hiciéramos en esta Castilla castellana, que ministro y académico y personaje?

Ya, como no le hubiéramos hecho sabio...



Y eso no se podía...

Pero fuera de eso me parece que no se le ha tratado del todo mal...

Don Víctor Balaguer ha escrito mucho, y todo muy malo, por supuesto.

Tan malo que nadie se lo compra; pero él lo regala.

—¡Líbrele á usted Dios de que le presenten á Balaguer!—me dijo un día un literato ilustre.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque al día siguiente le encaja á usted todos sus libros—me contestó. Y añadió, para dar más fuerza á la amenaza.—Yo le conocí una noche al salir del Congreso: otro diputado me le hizo saludar; y á la mañana, antes del almuerzo, ya llegó un mozo cargado con la *Historia de los trovadores*, las *Tragedias*, las *Poesías*, los *Estudios históricos y políticos*, y no sé cuántas más cosas; en fin, una espuerta de libros enorme.

Como político ha sido detestable.

Cánovas creo que ha dicho de él estas palabras: *Eze Balaguer lee loz expedientez*, pero no *ze* entera.

Como literato es ridículo sencillamente; y siendo cierto que una sola barbaridad de esas grandes basta para inmortalizar á un hombre, con las que á Balaguer le atribuye la fama, bien repartidas, habría para hacer inmortales á todos los hombres de su siglo.

¿Quién no ha oído hablar de las *plumas de gacela*?

De seguro no hay nadie que no haya leído ú oído contar que á D. Víctor le plugo una vez en su ignorancia zoológica adornar con plumas á aquel cuadrúpedo inofensivo.

También es bien sabido que otra vez describiendo un banquete llamó á la langosta *el cardenal de los mares*, creyendo sin duda que este apetitoso crustáceo, ya en el mar es encarnado como en la mesa.

También se dice que traduciendo novelas, que fué la ocupación casi exclusiva de su juventud, llegó á *ver una luz apagada*; y también cuentan que terminó de esta manera un capítulo: «La condesa cayó desmayada. Cuando volvió en sí era ya cadáver.»

Esto no lo he llegado á comprobar, ni apenas lo creo; pero la verdad es que un consejero de Estado amigo mío me lo contó como cosa cierta.

Lo que no me ha contado nadie, sino que lo he visto yo, y lo tengo á disposición del que lo quiera ver, es lo de *reflejar sombra*.

Esto, aunque parezca mentira, lo dice don Víctor en un libro titulado *El Monasterio de Piedra*.

«Tan solo estoy—dice D. Víctor á un inglés á quien se dirige en el preámbulo—tan solo estoy que mi cuerpo, *ni siquiera refleja sombra*.



¡Miren ustedes que *reflejar sombra!*

Viene á ser así como reflejar disparates.

¡Qué don Víctor este!... La sombra, pedazo de... académico, no se refleja, se hace, se da, se produce ó se proyecta, que es lo más técnico. ¿Pero reflejar?...

¡Si precisamente la sombra es lo contrario del reflejo!...

En el mismo libro dice D. Víctor que *susurran las flores*, lo cual es levantarlas un falso testimonio, y llama *solitario* á un benedictino que vive en comunidad, y dice que unos monjes «encontraron á una mujer tendida en el suelo *y cadáver.*»

Y *cadáver*, como la condesa, sólo que ésta no se dice que hubiera vuelto en sí.

Pues en el libro de sus tragedias pone este apóstrofe en boca de Safo cuando se va á tirar al mar:

«Abreme tus abismos ¡oh mar salada!»

¡Oh mar salada!... Lo salado aquí es la ocurrencia de D. Víctor. Porque no hay duda de que á Safo la importaría mucho que la mar fuera salada ó sosa para ahogarse en ella...

En el mismo libro llama «emperatriz de gracia y *pubilla de belleza*» á la duquesa de la Torre; de donde se deduce que D. Víctor, siendo catalán, no sabe bien lo que es *pubilla*.

Lo que sabe es hacer sus alardes de impiedad, ó por lo menos supo, ó si no supo lo hizo sin saber, allá en el período revolucio-

nario; porque, aunque tonto, bien conocía que para medrar era aquello lo más conducente.

Por eso dice, después de hablar de una Bula de Clemente IV:

«Así daban entonces los Papas reinos que no eran suyos.»

¡Serían de usted!...

Y por eso luego se alza de medio atrás y suelta al aire este par de... versos.

«El clero es lo más innoble  
De todo cuanto se ve.»

Vamos, me parece que esto es una burrada ¿eh?

La palabra no será fina; mas para calificar cosas así es lástima echar á perder otra.

Pero no hagamos la tontería de tomar á D. Víctor en serio. Verán ustedes cómo hace versos libres.

«Hoy no eres tuya ya. ¿Tuvo el esclavo...»

*Tuya ya, ¿eh? ¡Ya, ya!*

«Pero *ni allí... ni allí...* que ni siquiera  
En el mercado aquel de los burdeles,  
*Ni allí, ni allí* siquiera ha de hallar plaza  
La que teniendo libertad, no supo  
*Antes* que darla sucumbir *primero.*»

Así: dos albardas.

Tras de las cuatro veces *ni allí* de más arriba, «antes que darla sucumbir *primero.*»

No fuera que alguno entendiera «antes que darla sucumbir *después.*»



Y sigue:

«Antes que darla sucumbir primero...  
Que allí, que allí de donde fugitiva...»

Todos los *allí* vienen á pares.

Más versos libres:

«¡Conradino! Y muerto él ya, ¿tú vives  
Aún? ¡oh tierra, horror del mundo, escarnio!...»

«¡Conradino! Y muerto él ya ¿tú vives...»

Esto cree D. Víctor que es un endecasílabo castellano.

Y verán ustedes qué imagen:

«Entonces, del patíbulo las gradas  
Subió tranquilo *el novio de la muerte.*»

¡El novio de la muerte!... Mejor se podría llamar á cierta persona el novio de la tontería.

Otra frase:

«*¡Si yo soy tú!* Si voy de pueblo en pueblo...»

¡Si yo soy tú!... No, lo que es usted es otra cosa.

Otro endecasílabo:

«Yo, soy, yo, quien lo vi. Y también ¡oh pueblo!»

Otro:

«Pero antes que liberticida, esclava.»

A estas cosas llama endecasílabos Balaguer. ¡Y que esto lo haya hecho un académico, ó, como si dijéramos, legislador, maestro de nuestra lengua y de nuestra poesía!

¿Les parece á ustedes que así se limpia, fija y da esplendor al habla castellana?

Disgustado y entristecido de ver lo mal que D. Víctor escribe en castellano, quise consolarme con la idea de que, á lo menos en catalán, escribiría bien.

Y así creía haberlo oído decir varias veces. Pero ¡quía!

Me informé sobre el particular de una persona muy entendida, y me dijo que, precisamente lo mismo que á mí, les pasa allá á los catalanes; que teniendo á Balaguer en catalán por un escritor chapucero, creen que escribiendo en castellano será una gran cosa.

Después he visto un tomo de poesías catalanas de Balaguer con un prólogo de D. Aniceto de Pagés, quien dice haber oído afirmar á don Víctor que «cuando escribe versos no existen para él reglas gramaticales ni preceptos retóricos».

¡Bien se conoce!

Y añade el autor del prólogo, poeta catalán y gran conocedor del idioma:

«Una verdadera profusión de adjetivos y un uso immoderado de la partícula expletiva *ne* dan frecuentemente á su estilo (al de D. Víctor), una ampulosidad y redundancia que no se encuentran en el estilo de ningún otro poeta catalán, en general sobrio y conciso, como á la naturaleza de nuestro idioma conviene. Tampoco se muestra Balaguer muy escrupuloso en cuestión de lenguaje: no siempre es todo lo puro y castizo que fuera de desear.»

Conque cuando en un prólogo escrito por



amistad dice el Sr. Pagés estas cosas, ¡qué tal será el estilo del Sr. Balaguer en catalán y cómo serán las poesías de D. Víctor!

En una dedicada á la Virgen de Montserrat dice:

«Tal com se veu á l'aliga orgullosa  
En la roca més alta fèr lo cau,  
Tú la serra més alta y més hermosa  
Vas escullir per ferne ton palau.» (1)

Donde el *cau* puesto por D. Víctor para significar el nido del águila, y principalmente para concertar con *palau* (palacio), es un disparate. Porque *cau* es cueva, madriguera, agujero; todo menos nido.

¿O es que cree D. Víctor que las águilas viven en madrigueras como los ratones?

En la misma composición dice á la Virgen:

«Ta grandesa senyora, no repare  
Si avuy te parla en catalá ma veu» (2),

Y luego se las echa de muy amante del idioma catalán... y pide perdón por hablar en catalán, ¡como si fuera un caló despreciable!

Verdad es que esta tontería la ha corregido en la edición última.

Pues en otra composición que lleva fecha

(1) "Tal como se ve al águila orgullosa hacer la madriguera en la roca más alta, tú escogiste la sierra más alta y más hermosa para hacer allí tu palacio."

(2) "Tu grandeza, Señora, no repare si hoy te habla en catalán mi voz."

de Madrid de 1873, hay una estrofa que dice:

«Quan se te l'ánima desfeta á trossos  
Quan ja no 's trova pau ni deport,  
Quan ja ab sa dalla ¡pam! á la porta  
Truca la mort» (1).

¡Pam! Este pam vale un mundo, con sus Academias y todo.

¡Pam! ¡Qué poético y qué delicado! Y luego parece que se está oyendo el golpe de la guadaña de la muerte llamando á la puerta.

Fuera de que la muerte no llama con la guadaña ni la guadaña se usa para llamar; pero... vamos.

¡Pam! No se me olvida el golpe.

En lo más sublime de una oda ¡pam..! Es un ¡pam! que despampana á cualquiera.

Pues en otra cosa escrita en 1881 se queja don Víctor amargamente, y dice:

«... l' enveja crua  
M' ha mossegat, filoxerant ma vida» (2).

¿No es verdad que este *filoxerant*, *filoxerando*, tiene mucha gracia?

¡No está D. Víctor mala filoxera!... Para el catalán y para el castellano.

Siguiendo por este camino, el día menos

(1) «Cuando se tiene el alma deshecha á trozos, cuando ya no se encuentra paz ni placer, cuando ya con su guadaña ¡pam! á la puerta llama la muerte...»

(2) «La envidia cruda me ha mordido, filoxerando mi vida.»



pensado nos vamos á encontrar con algún otro poeta-plaga, es decir, algún otro aspirante á académico, que diga *oidiando* ó *mildeviando*.

De todos modos, conste que si D. Víctor no escribe peor en catalán que en castellano, no es más que por una razón.

Porque peor no es posible.

## XX.

Si de la misma manera que los modernos tratadistas de Derecho dividen las leyes en sustantivas y adjetivas, dividieran también la poesía los retóricos, ya sé yo á qué clase había de pertenecer la de usted, señor Núñez de Arce; á la segunda.

Porque toda ella es un puro adjetivo.

Y eso que yo no creo lo que cuentan de usted, que cuando se pone á escribir versos mete todos los adjetivos usuales en un bombo como los números de la lotería, y luego, dando vueltas al aparato, los va aplicando según van saliendo.

Como tampoco creo aquello otro que también he oído decir, lo de que no tiene usted más musa que la cesantía, puesto que cuando le dejan á usted cesante los demagogos se venga usted de ellos cantando en católico el *Idilio*, y cuando le dejan cesante los conservadores canta usted en impío *La visión de fray Martín*, y *La última lamentación de Lord Byron*.

No, señor D. Gaspar, yo no creo estas co-